CAPITULO IV.

De la instruccion del pueblo.

No os he hablado hasta ahora mas que de la edudacion del pueblo, amigo mio; ni deberé hablaros de otra cosa.

Por todas partes llegan otras palabras á vuestros oidos: Instruid al pueblo; el pueblo es ignorante, es grosero, se corrompe en el fango. ¡Dad instrucciones al pueblo, salvadlo!

Hé ahí los gritos ensordecedores que escuchais; y puesto que tan alto se habla de la instruccion del pueblo, es preciso que yo tambien hable, aunque con mas discrecion y mas verdad.

¿Cuál es, pues, esa instruccion que debe darse al pueblo, bajo pena de verlo perecer en la abyeccion?

Os suplico que me escucheis con bondad, vos que sois amigo del pueblo y su verdadero maestro; vos que sabeis mejor que nadie cuál debe ser su instruccion. Mas de una vez he dicho que la desgracia de la *instruccion*, en nuestro tiempo,

consiste en no acomodarse á las diversas vocaciones del hombre. Se ha querido á fuerza generalizar la instruccion, es decir, hacer que todos los hombres tuviesen una instruccion poco mas ó menos igual, para que fuesen aptos para todo.

¡O moralistas! ¡ó preceptores de la humanidad! ¿á dónde vais con vuestras quimeras?

Sin duda, despues de haber aplicado su pensamiento como han podido á las clases superiores de la sociedad, sospecharon que encontraria algun obstáculo en descender á la masa compacta del pueblo, y que despues de todo, si llegaba á penetrarla, no seria mas que para disolverla; porque educar á todos los hombres para que sean poetas ó químicos, físicos ó literatos, filósofos ó políticos, industriales ó legistas, es atacar en su principio la vida social; es arruinar la condicion de las vocaciones civiles y domésticas; es, bajo pretexto de ilustracion, destruir el órden humano, ó para mejor explicarme, es extirpar la ciencia del medio de los hombres; porque si las luces son comunes, se alterará la energía del pensamiento, y en la propagacion igual de la instruccion, se quita hasta la posibilidad del génio, esa sublime asistencia de la inteligencia.

¿Qué se ha hecho para escapar de ese extremo, por lo que respecta al pueblo? Se ha reducido la instruccion á proporciones menudas, y se ha circulado en periodiquillos y almanaques. Y despues se ha palmoteado, y se ha dicho: Hé ahí un pueblo sábio; lee nuestros libritos y nuestros compendios. ¡La instruccion del pueblo se halla en su apogeo! Y en cuanto á la ciencia de los sábios, permanecerá tal cual es; ningun perjuicio se causa á los académicos.

Amigo mio, sabeis lo que ha sucedido con esa difusion de la ciencia; sabeis el bien que ha hecho al pueblo; sabeis igualmente si la inteligencia humana ha conservado mas libertad en su desarrollo.

Esa ciencia de que se habla, y que se encierra en libritos de un cortísimo precio, se ha convertido en una gran supercheria pública. Debia salvar al pueblo de todos los errores, y le ha dado una jactancia que lo expone á mil equivocaciones.

Todos los observadores moralistas habian hablado de las buenas inclinaciones del pueblo. Estas consistian precisamnnte en cierto respeto por la experiencia de las épocas pasadas, experiencia regularmente formulada en proverbios simples y vulgares, pero ciertos, y que tenian su

notable aplicacion. Así, pues, la instruccion que se ha dado al pueblo ha tenido por principal objeto, atacar esos testimonios antiguos de la sabiduría, bajo el nombre de preocupaciones, y hacer creer al pueblo que podia muy bien, sin recurrir á los recuerdos de los tiempos antiguos, instruirse sin necesidad de la experiencia. De ahí resultó que la docilidad y las buenas inclinaciones del pueblo se convirtieron en suficiencia, y su saber en vanidad.

Entonces nacieron en el pueblo los vicios de la imaginacion, análogos á los que habian pasado por los círculos elevados de la sociedad, vicios crueles y casi siempre irremediables, porque proceden de la soberbia, ese mortal veneno de la inteligencia.

Entonces habeis visto al pueblo comenzar á convertirse en filósofo, es decir, á desconfiar del resto de los hombres y á confiar demasiado en sí mismo. Lo habeis visto huir del contacto de todo aquello que podia recordarle ideas de sabiduría ó de autoridad. Lo habeis visto alejarse del curato, ese asilo de las cosas antiguas, ese santurio de las tradiciones venerables y populares. Lo habeis visto tomar un porte altivo y desdeñoso; hablar un lenguaje desconocido, sarcástico é irónico. En fin,

lo habeis visto renunciar á su hábitos simples, á sus costumbres inocentes, y aparentar una civilizacion impertinente y mal aprendida. Esto es lo que habeis visto: tal ha sido el efecto de lo que se nombró instruccion del pueblo.

Y ved, amigo mio, que no presento las consecuencias de esa especie de instruccion, sino en lo que tienen de menos espantoso para el pensamiento. Otros han sido mas atrevidos que yo. Habeis oido á un filósofo, á un hombre que habia pasado quince ó veinte años de su vida instruyendo al pueblo, á un escritor de academia, á un teórico filántropo, á un hombre honrado, sobre todo, declarar ante la Francia, que la instruccion mataba al pueblo, que lo hacia vicioso y criminal, y que era preciso apresurarse á arrancar del pueblo ese gérmen de ruina y de muerte (1).

Amigo mio, ¿alguna vez habríais murmurado hasta este grado de la instruccion? ¿No es de suponerse que el filósofo, no queriendo confesar que habia dado una instruccion mala al pueblo, encontraba

[1] Cartas del Sr. de Morogues al "Monitor," sobre la instruccion del pueblo; 1836.

mas cómodo decir, que la instruccion en general era mortífera.

No llegamos, vos y yo, amigo mio, á tal exceso de opinion. El Sr. de Morogues ha podido formar un cuadro estadístico de los crímenes cometidos en Francia, por espacio de cierto número de años, para señalar la proporcion progresiva de los malhechores, segun los grados de su instruccion; es decir, para atestiguar, en cierto modo, que la pura ignorancia es una condicion mas favorable de inocencia y de virtud. ¿Qué resultaba de esto? Que la pura ignorancia es mejor que la especie de instruccion, cuyos tristes efectos se tenian á la vista, pero no seguramente mejor que la instruccion en general; porque ésta por sí misma es buena, y no es culpa suya, si la maldad de los hombres ha llegado á pervertirla.

¡Ah! cuando los filósofos se engañan, se engañan mas que el resto de los hombres, porque nada los detiene á sus pensamientos, y por eso sus cambios son bruscos, y sus contradicciones enormes.

Si fuesen un poco modestos, se engañarian menos, y tambien la correccion de sus errores seria mas tranquila y templada.

Otros, por el contrario, se complacen

en hablarnos de los progresos de la instruccion, y confian en el porvenir llenos de esperanza y alegría, porque se establecen escuelas para enseñar al pueblo los elementos de lectura, de escritura y de cálculo. ¡Hé ahí, dicen, la gran superioridad del siglo! ¡Hé ahí las luces! ¡Hé ahí el progreso! ¡Dios mio! si esos cortos elementos de la ciencia humana deben ser para el pueblo un motivo de vanidad, ¿entonces á qué debemos atenernos? Dicen que el pueblo se convierte en criminal por la instruccion; esto es ya demasiado, para obligarlo ademas, á ser pedante y ridículo.

Entre estas diversas y opuestas opiniones, busquemos la verdad, con calma y sinceridad.

La instruccion debe ser como un complemento de la educacion. De otra manera, ese débil mecanismo de la escritura ó lectura, que se llama instruccion del pueblo, será casi siempre inútil para las inteligencias incultas. La instruccion abraza principalmente lo que ilustra el entendimiento y rectifica el corazon. Lo demas es accidental, y no debe servir mas que de instrumento para el goce de la vida.

Vos mismo preguntais algunas veces, si no se ha creado para el pueblo una necesidad artificial, inspirándole el deseo de poseer cierta instruccion. ¿Para qué hemos de preocuparnos con esa investigacion? La necesidad existe; es un hecho mas poderoso que las opiniones. El deber consiste en impedir que se tome en detrimento del pueblo.

Ya sabeis, ademas, que hay pueblos, á los cuales la educacion no ha quitado la simplicidad de sus costumbres, como hay otros á quienes ha corrompido; esto es volver de nuevo á las condiciones morales de la instruccion. Esta es buena ó mala; lo cual depende de las que la dan, mas que de los que la reciben. Así sucede con todas las cosas que Dios ha hecho para uso del hombre; tales como la razon, la palabra y la voluntad. Sin embargo, dañamos, ó por mejor decir, echamos á perder lo mas santo; es nuestro derecho de libertad; triste derecho, que no obstante, constituye la gloria y el mérito de la virtud.

No nos espantemos, pues, con los peligros de la instruccion; esta no es la mala, sino el hombre; corrijámoslo por medio de la experiencia. Esta es una verdadera instruccion, y mas poderosa que todas las teorías.

Sepamos, ante todo, cuál es la instruc-

cion que conviene al pueblo. Debe ser, amigo mio, modesta y simple; aplicable á sus necesidades, y análoga á sus vocaciones. No le quitará esa tradicion de bondad que es toda su fuerza en la práctica de las cosas de la vida. Le conservará por el contrario, ese respeto á las épocas pasadas, esa fidelidad á los recuerdos, ese amor á las cosas antiguas, que se halla en el fondo de la naturaleza del pueblo, y que suple al estudio y á la meditacion.

Esa instruccion debe limitarse á efectos muy conocidos, de cuyos detalles no me ocuparé. Repito solamente que será preciso animarla con pensamientos morales que sirvan de ejemplo, porque de otra manera, no podrian formar una instruccion verdadera. Nada importa enseñar al pueblo á leer, á escribir y á calcular. Se encuentran en las clases mas incultas hombres que suplen maravillosamente esos elementos mecánicos, con un instinto, que desconcierta á los mas hábiles. Hay un pensamiento mas elevado, que solo el instinto no puede conocer, y ese pensamiento es el que se necesita inculcar en la enseñanza modesta del pueblo, que se llama instruccion, y que no es mas que una iniciacion en los débiles elementos de la ciencia humana.

Sabeis que hay una ciencia que todos pueden profundizar igualmente; es la ciencia de la religion y de la moral. El pueblo en esta ciencia no le cede la ventaja á ninguna inteligencia, á ningun génio. Puede penetrarla en sus profundidades y en sus misterios. La puede comprender en lo mas elevado que tiene. Su lenguaje inocente y rudo, tiene secretos para trasmitirla á los niños y hacérselas accesibles, antes que puedan sospechar ó comprender las realidades de la vida. Esta es la base de la enseñanza para el pueblo, sin que sea posible separarla de los demas objetos de su instruccion. La escuela del pueblo, debe ante todo, ser una escuela de religion. El maestro del pueblo debe ser un apóstol.

Pronuncio estas palabras con toda la fuerza y conviccion que existe en el fondo de mi alma. O bien, amigo mio, tendré valor á mi turno para ir á buscar esa otra opinion, esa opinion fatal de la ignorancia, de que os hablaba hace pocos momentos

Por medio de la religion, tendrá la instruccion para el pueblo diarias aplicaciones. La religion es la gran luz del pueblo. Lo hace amar sus deberes. Le

da razon de la justicia y de todas las obligaciones de la sociedad humana.

Si el pueblo se halla bien instruido en la religion, tendrá una disposicion maravillosa para juzgar bien de todas las cosas de la vida.

La religion ilustra todas las cuestiones, sobre las que los hombres disputan entre sí, aun las cuestiones sociales y políticas; esas grandes cuestiones que los ambiciosos envuelven en las tinieblas, y que los talentos populares descubren, cuando llaman en su auxilio al juicio cristiano, la mas elevada y la mas segura de las filosofías.

¿No deberá instruirse al pueblo en la historia de su patria? ¡Ah! seria una obra digna de veneracion y de alabanza, enseñar al pueblo á conservar el recuedo de los tiempos pasados. El pueblo no podrá comprender perfectamente los monumentos de la historia; pero, ¿no deberá tener una nocion precisa de ellos? ¿No deberá saber cuáles son las revoluciones que han desolado esa tierra que pisa y riega con el sudor de su rostro, y su memoria no deberá conservar los nombres de los grandes hombres que pisaron ese mismo terreno y lo protegieron para su gloria? ¡Oh! cuán hermoso seria enseñar al pueblo á amar, á bendecir y á honrar á sus antepasados. ¡El pueblo de Francia vive bajo un gobierno monárquico, y nunca se le ha enseñado otra cosa mas que á odiar la monarquía! ¿No es un crímen atroz contra el pueblo hacerle aborrecer su natural constitucion de pueblo, sus leyes, y hasta su propia vida?

Ahí está la historia que protesta contra tales lecciones dadas al pueblo. La historia le presenta la monarquía como su custodia y su amiga. Por medio de ella escapó siempre de las tiranías. La monarquía se complacia en sentarse en medio de las masas populraes, y bastaria un libro elemental para hacer que renaciese esa tierna alianza de efectos é intereses, que han roto los errores modernos, y que los años deben reanudar.

Dejadme, pues, que me alimente con la esperanza de ver afirmarse la instruccion del pueblo, por medio de la doble enseñanza de la religion y de la historia. Así renacerá el discernimiento popular, esa sabiduría nacida de la experiencia, ante la cual ceden todas las pasiones.

El resto de la instruccion del pueblo debe variar segun sus vocaciones. Pero no creais que deba permitirse al pueblo

avanzar de las nociones primeras, que sirven de elemento mecánico á los estudios.

La educacion del pueblo es rutinera. Se limita á las cosas de uso. La pura teoría lo engaña. La demostracion misma de su ciencia repugna á su espíritu; le agrada entrar de lleno en las prácticas y en las aplicaciones. Tal vez por ese motivo, en tiempos menos filosóficos, el arte avanzó tanto y tan maravillosamente. El artesano hace por simples cálculos de hábito ó de instinto, obras que exceden de la imaginacion del sábio y del artista.

Tambien por este motivo las escuelas especiales abiertas al pueblo para ciertos estudios, que exijen principalmente práctica, no han producido hasta ahora resultados felices. Hay una instruccion que se llama aprendisaje; es la mas sencilla y la mas útil.

Mirad como siempre retrocede á la experiencia que Bossuet llama: *la maestra de la vida.* La experiencia, es la gran ley de la ciencia humana, ya sea que ésta se encierre en las teorías, ó llegue á las aplicaciones. Los que han querido dar al pueblo instruccion, solo con sus propias ideas, le han ofrecido sistemas por enseñanza. Los maestros son los que han perjudicado al pueblo; su instruccion es la

que lo ha perdido. Y despues, espantados de su obra, han apelado á la ignorancia. Deseemos huir de estos dos extremos, fijándonos en una instruccion de aplicacion y en principios de una práctica sencilla y habitual.

Todas las ciencias del pueblo son como la religion; necesitan la experiencia. Para el pueblo, la moral no está en las especulaciones de filosofía, sino en la virtud real, en los deberes y en la caridad. Así sucede con la instruccion. Si ésta da al pueblo mas facilidad para seguir sus inclinaciones de trabajo y actividad, es buena, endulza su vida, le ofrece dias serenos, tranquilos, haciéndole sus trabajos mas ligeros. Si lo alimenta con quimeras, si lo desvía de sus gustos, si le llena la cabeza de ideas disparatadas y vacías, es una plaga, atormenta su hogar, turba su existencia, y lo detiene inmóvil en medio de su carrera. Entonces puede formarse la estadística de los crímenes, segun el progreso de las *luces*.... ¡Digo *luces!* Pero esas no son luces, sino hogueras que se preparan en medio de las tinieblas de la noche.

Ya veis, pues, amigo mio, cuán importante es todo lo que respecta á la *instruccion* del pueblo, y cómo debemos fijar en ella toda nuestra solicitud.

Hoy todo el mundo se ocupa á la ventura de ese gran objeto: es porque está de moda; y porque tal vez se ha convertido en tráfico.

No hablo solo de las escuelas que se han abierto para el pueblo y de los maestros que se le han presentado; hablo tambien de los libros que se le han dado. ¡Qué libros! libros en que no hay un solo pensamiento de moral; libros en que toda la vida humana se sujeta al cálculo; libros escritos por charlatanes; libros en que no hay inteligencia, ni aun estilo; en donde el alma no encuentra alimento, ni ilustracion el espíritu; en los que nada se habla de los deberes domésticos, ni de Dios, ni del hombre, ni de la patria. Esos libros circulan por todas partes. Bajo pretexto de generalizar algunos procedimientos aplicables á la economía doméstica, van á desecar el pensamiento popular, van á limitar á un sistema de ahorros, que fácilmente podrá convertirse en avaricia toda la prevision del porvenir, toda la prudencia de la conducta y toda la virtud de la familia. O bien crearán cierto gusto á los conocimientos superficiales, que engañarán al pueble sobre la mayor parte de las cosas prácticas de la vida social. Trasformarán la aldea en un barrio político; sembrarán la controversia; turbarán el afecto y la armonía; cambiarán la simplicidad rústica en pedantería; ó, en fin, multiplicarán cierta raza de hombres de presa, que en cada poblacion establezcan su dominacion por medio de la palabra, haciendo su fortuna con la ruina de la de los demas.

¡Ah! huyamos de esa instruccion que es una plaga; huyamos de esos libros que son un presente funesto. Que la instruccion del pueblo no altere ni su simplicidad ni sus virtudes. Que sea para él una confirmacion de la experiencia, esa base de la instruccion que suple á todas las demas.

CAPITULO V.

Métodos de instruccion del pueblo.

¿Los defectos de la instruccion del pueblo, no dependen de los mismos métodos de instruccion? Es esta una cuestion que merece algun exámen.

¡Cuántas disputas hemos presenciado, amigo mio, y cuán vanas han sido!

No se expresaba claramente, porque se

aceptaban ó rechazaban ciertos métodos; y en realidad no eran mas que un objeto secundario de discusion: su aplicacion á su direccion eran los que determinaban la preferencia. Se tomaba partido en pró ó en contra de un método, segun se ponia en práctica por una ú otra escuela. Las disputas carecian, pues, de verdad.

Repito que el hombre es el que hace los métodos buenos ó malos.

Por eso hemos visto en Francia al clero pronunciarse contra un sistema de enseñanza popular importado de Inglaterra, no por causa del método en sí mismo, sino por los maestros que parecian atribuírselo como un monopolio.

El clero, por consecuencia de esa oposicion, sufrió muchos ataques, calumniándosele horriblemente.—¡El clero queria la ignorancia del pueblo! ¡El clero era el enemigo de las luces! ¡El clero dejaba á Francia envuelta en nubes y tinieblas! ¡oh! y otras muchas cosas que dijeron.

Y se hablaba de esta suerte á nombre de la filosofía. ¡Qué filosofía, Dios mio! que ignoraba, que si hay luces en Europa, al clero es al que se deben; que si hay civilizacion y filosofía en Francia, la Iglesia es la que por medio de sus universidades y sus escuelas, la han preparado para

recibirla; que en cualquier parte del mundo en que se haya un pueblo instruido, su maestro ha sido el cristianismo.

El clero no aceptaba un método que para ponerse en práctica queria imponerse con todo y maestros

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿amigos del pueblo? ¿sus verdaderos consejeros? ¿eran, en efecto, y le servirian de ejemplos vivos de virtud y de piedad? No lo creia así el clero, y los rechazaba, designándolos con el nombre de su método, como se designaban á sí mismos, no desconfiando de su método, sino del uso que de él se haria. El clero tenia razon, y entonces desempeñábais, pastores del pueblo, vuestro santo y elevado oficio de guardianes de la moral. La fuerza podia venceros, y podia no escucharse vuestra voz; pero teníais que aparecer á la cabeza de vuestros rebaños, y teníais, teneis y tendreis siempre el derecho de señalar el peligro á donde los precipitan los malos guías.

Raras veces los métodos de instruccion popular han sido por sí mismos objeto de exámen. Los adversarios del clero marchaban en sentido contrario; porque el clero desconfiaba de los nuevos maestros, sus adversarios los aceptaban, elogiándo-

los á todo trance. Esto era aversion, no controversia.

Parece que el delirio es menos ardiente, ó por lo menos se disfraza con mas destreza. Así es que se ha visto al clero de Francia multiplicarse para formar escuelas para el pueblo; y las acusaciones de ignorancia, serian hoy simplemente necedades. Y despues, cuántos papeles se han cambiado. Algunos que exclamaban con cólera, que el pueblo no estaba bastante instruido, marchan hoy llorando y diciendo que se halla demasiado instruido. ¡Ah! lo que seria preciso decir es, que está mal instruido; pero seria acusarse á sí mismos; y es mas cómodo contradecirse.

Dejemos las disputas, amigo mio, y volvamos á los métodos. Estos son buenos cuando se logra el efecto natural con simplicidad, rapidez y utilidad. No basta que sean ingeniosos, es preciso que sean eficaces y de fácil práctica.

El pueblo no puede dedicar mucho tiempo á la instruccion, y yo encuentro muy natural, que se le economicen los momentos que para él son preciosos. La precipitacion tiene un peligro, y es que el pueblo no se afirmará por la meditacion por las cosas que haya aprendido, y si so-

lo se le han enseñado superficialmente, estarán por lo mismo en peligro de borrarse de su memoria.

Creo que hay métodos, que son, propiamente hablando, populares, es decir, conformes á la naturaleza algo rutinera del pueblo. Son los métodos comunes ó simultáneos. Estos métodos son buenos y tienen su atractivo. Lo arreglan todo como á compás, y obligan en cierta manera á las inteligencias tardías, á caminar á la par con las mas prontas, sin quitar á éstas su libertad propia y su energía particular. En estos métodos hay un doble imperio, el del razonamiento y el de la imitacion. Son los que convienen mas á la instruccion del pueblo, por ese motivo.

El hijo del pueblo, al que le ha faltado en sus primeros años el contacto del talento cultivado, ha quedado, por consecuencia de ese aislamiento, en un estado de rudeza que lo hace rebelde á la enseñanza privada. Se necesita un grande esfuerzo de ingenio, mucho espíritu de observacion y minuciosidad en la enseñanza, para hacer penetrar ideas prácticas en aquella cabeza endurecida.

Hasta la tosquedad y poca flexibilidad de su cuerpo es un obstáculo para seme-

jante trabajo. Mas colóquese á ese niño entre una reunion de niños incultos como él, y bastará que algunos tengan cierta aptitud para que los demas sigan su impulso.

Esto puede aplicarse tanto á la lectura como á la escritura, que es una imitacion de los signos conocidos por la lectura; al dibujo que es otra especie de escritura ó de imitacion; á la aritmética, y á todos los estudios de razonamiento, en que toma mucha parte la memoria, como una especie de rutina. Por los métodos comunes, los fuertes sostienen á los débiles; los hábiles corrijen á los ignorantes, y toda la masa es conducida por la inteligencia, que siempre reside en un corto número.

He visto la admirable escuela de canto de Choron, basada sobre ese principio. Era una escuela popular en toda la extension de la palabra. El célebre maestro habia recorrido la Alemania y el Medio dia de la Francia, para ir á recojer discípulos, que por sus naturales disposiciones, pareciesen anunciar brillantes resultados en lo futuro. Al fin pensó que podia hacer otra cosa mejor, sin ir tan lejos. Terminó, pues, por recojer á sus niños, á la casualidad, en las calles de Paris. Al cabo de quince dias, colocaba á aquellos pobrecitos en medio de sus masas de coros, y daban sus tonos con mucha limpieza, cantando las armoniosas fantasías de Handel, ó las tristes melodías de Marcello, ni mas ni menos, que si hubiesen practicado por mucho tiempo el solfeo, y con mas desembarazo sin duda. La inteligencia general de la escuela los arrastraba, sirviéndoles en lugar de estudio. Era como un instinto; el génio llegaba despues.

No he escojido este ejemplo sin motivo. Es una cosa muy importante, creedme, hacer cantar al pueblo. ¡Ah, amigo mio! si el pueblo cantase, si cantase como lo hacia cantar Choron, cosas graves y santas, seria una gran parte de la educacion y de la instruccion á la vez.

El canto que conviene al pueblo es el canto simultáneo. Cuando es aislado es bárbaro. Pero la gran voz del pueblo, esa reunion de voces que forma una sola, eso es sublime; hace temblar la tierra y penetra hasta el cielo. ¡Escuchadla en el templo! Por poca unidad que haya en el canto, se descubre, sin embargo, la armonía. Se lanza como un torrente, é inunda el alma; os arranca lágrimas, y mientras mas inteligente séais en el arte musical,

mas os trasporta y conmueve esa simplicidad natural.

Toda la instruccion del pueblo necesita tener ese carácter. Todo debe hacerse para él por métodos simultáneos. De otra manera, ¿quién será capaz de domar esas inteligencias incultas y rebeldes? ¿quién podrá ilustrarlas? ¿quién las vencerá? Falta tiempo para semejante obra, y no solo tiempo, sino fuerzas.

El error de los maestros del pueblo ha sido pensar que bastaba preparar el cuerpo, y hacer de la instruccion un mecanismo. El ejercicio de la inteligencia, no se halla sujeto á movimientos regulares, como un ejercicio de gimnástica. Si el pueblo quiere acostumbrarse á los ejercicios de equitacion, ensayarse en la lucha ó en la carrera, será preciso, sin duda, que se someta á las leyes propias para esa disciplina del cuerpo, y ya sé que esa clase de educacion exterior no carece de utilidad. Pero si pasa en seguida de la gimnástica al estudio, que es el ejercicio del alma, supongo que no tiene ninguna necesidad de conservar esa actitud regular en sus movimientos. No se trata de leer ó escribir en cuatro tiempos. ¡Esto causa risa! El hombre no piensa sobre la 2ª ó 3ª posicion. Los maestros del pueblo

se han burlado de él, cuando lo han llamado á la escuela para hacer evoluciones. Para eso no era necesario ir á la escuela sino al gimnásio.

Esto consistia en que aparecia el materialismo bajo ese disfraz en la instruccion del pueblo. Se amaestraba al pueblo, no se le formaba. Amigo mio, no olvidemos que la instruccion se dirije á la inteligencia. No queremos disciplinar al pueblo, sino ilustrarlo. La gimnástica es buena para dar soltura al cuerpo, pero no es aplicable á los ejercicios del entendimiento. Creer al pueblo propio solamente para una instruccion de puro mecanismo, es despreciarlo. Hablemos á su razon, á su pensamiento. Ahí es en donde producirémos una bella armonía, y en lugar de adiestrarlo simplemente en la regularidad de los hábitos del cuerpo, lo habrémos formado para el conjunto de las virtudes del alma; y concluida esa grande instruccion, llegará á su turno la enseñanza que se trasmitirá por el ejemplo, este método natural y poderoso que domina á los demas.

Sin embargo, no séamos exclusivos en la eleccion de los métodos, porque seria carecer de prudencia. Cualquier método imperfecto se completa por la habilidad

del maestro. Exijamos solamente que en cada método reine un pensamiento moral de perfeccion.

Es muy ridículo tomar por objeto de discusion los métodos de enseñanza popular. Si somos amigos del pueblo, busquemos todo aquello que pueda evitarle trabajos, hacerle la instruccion fácil; pero tambien dediquémonos á conocer cuáles son los maestros que corresponden mejor á sus necesidades, y cuando los háyamos conocido, que no nos causen inquietud sus métodos; si son viejos, su celo los rejuvenecerá; si nuevos, los perfeccionará; si falsos, los enmendará. El mejor método es el empleado por maestros inteligentes y virtuosos; el peor, el de que se sirven los corruptores.

CAPITULO IV.

El hermano ignorantino. *

Supuesto que definitivamente se necesitan buenos maestros para instruir al pueblo, ¿en dónde podrémos encontrarlos? ¿Será acaso un oficio la educacion del pueblo? Ese gran oficio de enseñar al pueblo las virtudes que le son tan necesarias, y los elementos de ciencia que pueden aplicárseles, ¿será un objeto de tráfico? ¡Ah, amigo mio! hé ahí que ya se presentan las dificultades de nuestras teorías. Es muy fácil decir en nuestros libros que es preciso ilustrar al pueblo, ó mas bien, que es necesario formarlo para las virtudes. ¿Tenemos á la mano á los maestros que serán propios para esa obra santa? Y á

* La congregacion de los *hermanos de las escuelas* ó *hermanos de la doctrina cristiana*, abusivamente llamados *hermanos ignorantinos*, destinados á generalizar la instruccion en la clase trabajadora y pobre, fué fundada en Reims, en 1679, por